

Silvia, la amiga de mi tío Aldo

Dicen que las mujeres tenemos ese sexto sentido que los hombres no tienen. Ellos son básicos, lineales y no pueden ver más allá de sus narices. Dicen que las mujeres tenemos esas dosis de maldad que los hombres no tienen. Ellos son más inocentes, más infantiles y no tienen idea lo que una mujer corajuda puede hacer con ellos.

Yo tenía apenas siete años cuando el tío Aldo vino desde Junín a pasar una temporada a nuestra casa de Villa Luro. El hermano de mamá, de vez en cuando se instalaba en mi habitación y a mí me mandaban a dormir al living. Con el tiempo me enteré de que sus improvisadas vacaciones coincidían con alguna pelotera que había tenido con la tía. El tío, convencido que la distancia hacía olvidar sus macanas, ponía un par de pilchas en su valija y nos invadía. Por esos tiempos, papá trabajaba de marino mercante, con lo cual a nuestra casa solo le faltaba el cartel hotel abierto 24 horas sin reserva previa.

Por las mañanas yo iba al colegio y mamá se ocupaba de hacerle la comida a una señora mayor que estaba discapacitada, por esas razones mi tío se adueñaba de nuestra casa de ocho a doce, menos los sábados y domingos en los que yo sentía que mi presencia le molestaba.

El tío Aldo era el menor de los cuatro hermanos y mamá lo consentía en todo. Era el pobrecito de la familia, como si por ser el más chiquito le hubiera tocado la porción más pequeña en la repartija de cerebros.

Desde ese primer día en el que mi tío se apareció en casa, Silvia, la esposa del kiosquero, venía todas las santas tardes con una colección de excusas que ni ella se creía. “Marta, me quedé sin azúcar”, “Marta, se descompuso la tele”, “Marta, hice este bizcochuelo y me acordé qué el médico me prohibió los dulces”, “Marta, se nos tapó el inodoro y no encuentro la sopapa”. La lista de ideas inverosímiles para poder ver a mi tío

era interminable. Si no era para ver la novela, era para contarle algún chimento de alguna vecina del barrio, pero yo, a pesar de ser una nena, me había dado cuenta de que sus intenciones no eran tan santas, que algo estaba pasando y sus visitas no eran simplemente sociales sino tenían que un gato encerrado. Ella parecía una perra hambrienta y no tenía límites para encontrar un momentito para verse con mi tío Aldo. Cuando estábamos nosotras presentes, mantenían recato, pero yo me avivé que, si nos distraíamos, sus miradas se cruzaban como flechazos endemoniados.

Una tarde mientras jugaba en la vereda a la rayuela con mis amigas, en el momento justo en el que estaba por llegar al cielo, lo veo venir al kiosquero como un toro furioso. El tipo parecía al increíble Hulk, pero con la camisa intacta. Venía empuñando un martillo enorme e instintivamente presentí que algo malo había pasado. La puerta estaba abierta, entré a las corridas, puse el pestillo y me fui a avisarle a mamá que se había podrido todo con el tío.

Mamá era de esas mujeres de armas tomar, no le tenía miedo a nadie y menos si se trataba de defender a su hermanito. El esposo de Silvia golpeaba la puerta con el martillo, entonces antes de que este la destrozara, mamá le abrió la puerta; yo me escondí detrás del sofá y pude ver como el tío se encerraba en el baño.

—¿Qué está pasando acá? —gritó mamá mientras, con su mano firme, le sostenía el brazo con el que el kiosquero empuñaba el martillo —. ¿Qué quiere? ¿Está loco? ¿O quiere que llame a la policía? —logrando que el tipo bajaran un cambio y dejara de jadear.

—¡Perdón! ¡Perdón por el exabrupto señora! ¡Perdí el juicio! Es que estoy buscando a un tal Aldo que según me informaron vive en esta casa. Se está diciendo por todo el barrio que se acostó con Silvia, mi mujer.

—¿Cómo? ¡No, no, no, no! ¡No puede ser! El Aldito es un muchacho tranquilo, muy serio, jamás se metería con una mujer casada. Además, él está de paso, solo vino a pasar unos días y ya se vuelve a sus pagos.

—Por las dudas señora, dígale a ese Aldo que no quiero que se acerque al kiosco, porque le voy a partir la cabeza, con todo respeto señora — amenazó el marido de Silvia.

—¿Y ahora quien me arregla la puerta? —avanzó mamá que nunca arrugaba.

—¡Bueno perdón!

—¿Bueno qué? ¡Perdón, un carajo! ¡Ahora quiero que vengas con un pintor y me dejes la puerta como estaba antes de tu ataque de locura, ¿Me entendiste? —y así fue como el kiosquero se dio media vuelta y se volvió con la cola entre la piernas.

Mamá podía negar lo innegable, podía defender lo indefendible, pero ella sabía cómo era su hermanito, cuáles eran sus debilidades, pero también, sin ser una luz, había detectado cuáles eran las inclinaciones de Silvia, sus estrategias, sus vericuetos para enganchar a los tipos que le gustaban.

Esa noche, mientras servía el guiso de mondongo, entre cucharada y cucharada, mamá lo mira a mi tío Aldo y le dice:

—A ver, Aldito, vos sabés que yo te quiero. Vos sabés que yo te banco en todas las macanas que te mandás en Junín. Por más que yo viva a cientos de kilómetros, todas tus fechorías llegan a mis oídos. Como en todo pueblo chico, el infierno es grande y las noticias corren como pólvora. Así que si vas a hacer cagadas, no quiero que sean donde yo vivo, porque si no... yo te armo la valija, te dejo de patitas en la calle y acá no volvés más. ¿Me entendiste?

Y mi tío Aldo bajó la cabeza y empezó a sorber la cucharada como si fuera un chancho arrepentido.

—¡Y vos! —advirtiéndome con su dedo acusador que seguía erguido —no quiero que te despegues ni medio segundo de tu tío, quiero que seas su sombra. Si sale a la vereda, vos salís con él, si ves que se las toma, vos me avisas, si se acerca al kiosco, venís corriendo y me decís, y sobre todo... si lo ves cerca de Silvia empezás a los gritos como si te hubieras quemado los dedos con la plancha, ¿me entendiste?

Como verán mamá era muy precisa para dar órdenes, no dejaba lugar a dudas para que alguien interpretara algo distinto a lo que ella deseaba. En cuestiones de evitar problemas ella era más estricta que uno de esos soldados con plumas rojas que cuidan al Papa en el Vaticano.

“¿Me entendiste?” era su marca registrada, cada vez que quería dar por cerrada una conversación el “¿Me entendiste?” era su broche de oro, para que nadie más opinara o le contradijera.

Al día siguiente mi tío Aldo hizo buena letra. Era el tercer domingo de Octubre, lo recuerdo bien, ya que estábamos festejando el día de la madre. El tío ayudó a mamá a limpiar el horno y a arreglar la cortina de enrollar del comedor que, desde que papá se tomó el buque, no la podíamos subir. A Silvia ese día no se había quedado sin azúcar, ni había hecho el bizcochuelo que le prohibió el doctor, ni se le había tapado el inodoro. Ese día cada uno en su casa como bien hubiera dicho mi mamá. Pero por la tarde el cielo de la tranquilidad se empezó a encapotar.

—¡Pucha digo! ¡Me quedé sin cigarrillos! —protestó mi tío.

Mamá lo miró por encima de sus lentes de la misma forma que me mira cuando traigo una mala nota en el boletín.

—Ni sueñes que vas a ir al kiosco... no me chupo el dedo.

—Pero... y qué hago... Necesito fumar.

—No sé... es tu problema, tengo unos caramelos en un cajón del comedor, quizás sea una buena forma de que empieces a dejar el vicio.

—¿Qué caramelos Marta? Yo necesito fumar, es más fuerte que yo.

—Aldito, a ver si soy clara, vos al kiosco no vas, como que me llamo Marta.

—Bueno, entonces que vaya ella —sugirió mi tío mientras sacaba un billete de cincuenta de su billetera.

Mamá se acomodó los anteojos y me autorizó a que vaya y que vuelva en menos de lo que canta un gallo.

Salí corriendo hacia la vuelta, donde estaba el kiosco. Cuando llegué estaba Silvia y el marido tomando mate. Ella estaba tan seria como las viejas de los velorios y me pareció que tenía un machucón en el brazo.

—Un paquete de Parliament negros —le dije al marido, sin saludar y extendiendo el billete.

Él me arrancó el billete de la mano y me dio el paquete. Sin decir chau, volví corriendo para cumplir al pie de la letra la orden de mamá.

Cuando llegué, el tío había empezado a dar vueltas a la perilla de la radio, buscando no sé qué partido de futbol que quería escuchar. Le di el paquete y me dijo:

—¿Y el vuelto?

—¿Qué vuelto? —le pregunté

—¿Cómo que vuelto? Los cigarrillos cuestan cuarenta y tres con cincuenta, ¿qué hiciste con el vuelto?

—No me dio vuelto, solo me dio el paquete —le respondí preocupada por lo que se avecinaba.

—Bueno voy a ir a buscar el vuelto, no puede ser que se hagan los vivos con una nena —exclamó mi tío acomodándose la camisa adentro del pantalón.

—¡Vos no vas a ningún lado! —exclamó mamá.

—¡Pero cómo se va a quedar con mi plata estos chorros! ¡me van a escuchar!

—Ya te dije que no vas a ningún lado, ¿me entendiste?

Mamá hizo un silencio, siempre lo hacía cuando se quedaba pensando algo. Me agarró del brazo y me sacó flameando como ese pañuelo que sacan por la ventanilla cuando lleva a una parturienta.

—¿Vengo por el vuelto de los cigarrillos? —arrancó, sin saludo previo, mi mamá que estaba como leche hervida. Ella seguía envenenada por los martillazos de la puerta.

—¿Qué vuelto? —respondió el marido de Silvia.

—Los cigarrillos salen cuarenta y tres con cincuenta y la niña volvió a casa solo con el paquete.

En ese instante vi que Silvia ocultaba su rostro hacia la pared del estante donde están todas las marcas de chocolates. Desde mi posición a unos pocos centímetros del mostrador, me pareció que tenía un ojo en compota y el brazo izquierdo con moretones. Se la veía confundida, avergonzada ante la irrupción de mamá.

—No sé señora, creo que le dimos caramelos a la nena. No sé qué habrá hecho con ellos y enséñele educación por favor. ¡Ni saludar sabe! —nos respondió como un ordinario y casi me pongo a llorar como una boba.

Mamá se quedó sin palabras, ni siquiera el “¿Me entendiste?” cabía ante esa terrible acusación. Me clavó los ojos, con toda la bronca acumulada desde que mi tío Aldo había pisado nuestra casa y me llevó a la rastra. Yo lloraba y ella me sacudía con fuerza, casi me arranca un brazo.

Una vez que llegamos a casa, empezó el sermón.

—No te di una cachetada en el kiosco, porque no quise hacer un papelón. Pero... ¿qué hiciste con el vuelto?

—¡Nada!

—¿Cómo nada? ¿Dónde están los caramelos?

—No me dieron ni un caramelo y vine volando como me pediste.

—No me mientes porque te pongo en penitencia.

Sabía que dijera lo que dijera siempre me pondrían en penitencia, porque ella siempre les creía a los mayores, a la maestra, a las mamás de mis amigas, a todos menos a mí. Mis argumentos nunca tenían valor, para ella eran cosas raras que solo vivían en mi imaginación.

—Una vez más, mostrame los caramelos.

—Ya te dije que el señor no me dio ni un solo caramelo.

—¡Dejá tranquila a esa chica! ¡Por el amor de dios! —intervino mi tío que escuchaba de igual forma la perorata de mamá con los gritos del relator del partido de fondo.

En esa oportunidad sabía que no me podía mandar a mi pieza sin comer ya que la tenía ocupada el tío, pero aunque no lo crean, el hecho de que no me creyera era para mí el peor de los castigos.

Ese día de la madre estuve muy triste, odié a mi madre, al tío y a toda la familia, odié al quiosquero y a la puta de Silvia, si no fuera por ellos yo podía seguir jugando a la rayuela sin esa sensación de incomprendión y sin mi papá para que me contenga.

El lunes me mandaron al colegio, esa vez sin el paquete habitual de galletitas, al parecer esa sería parte de mi penitencia, la cual no me movía un pelo. Al llegar a casa, mamá aún no había llegado de hacerle el almuerzo a la vieja discapacitada. Entré y fui directo a mi pieza, era mi pieza a pesar de que me habían desalojado, así que tenía derecho a entrar e ir por mis juguetes cuando se me cantara. Al abrir la puerta, veo sobre mi cama, una espalda desnuda frente a mí que subía y bajaba como si estuviese montando a un caballito. Una cabellera negra se balanceaba y emitía gemidos como si le dolía la panza. En uno de sus brazos pude ver unos moretones violeta. Me asusté tanto que sin darme cuenta perdí toda mi inocencia de niña. Cerré la puerta y salí corriendo a la calle a esperar a mamá. Y como ella me había

ordenado empecé a gritar como si me hubiese quemado mis deditos con la plancha.

Mi tío abrió la puerta de calle y me chistó.

—¡Vení! ¡Vení para acá! ¡No grités! —me dijo para que nadie escuchara.

—¡No, no, no! —le contesté —ya van a ver cuándo le cuente a mi mamá. —y seguí con mi grito de ambulancia.

En eso sale Silvia, acomodándose la pollera, con pasitos ligeros apuntando para la esquina contraria a la del negocio de su marido.

—Avisale que el kiosco es para el otro lado —le grité a mi tío.

—¡Nena! ¡Vení para acá! —insistió él.

—¡Ahora le voy a contar a mi mamá cuando vuelva! ¡Vas a ver!.

—¡No hagas eso! ¡Vení! Tu mamá se va a poner muy triste y me va a echar a la mierda. ¿Eso querés?

—¡Siiiiiiiiiiiiii! —le respondí rotundamente, solo quería recuperar mi lugar.

El tío salió en calzoncillo, me agarró del brazo y me metió para adentro.

Ese fue el momento en que me di cuenta del nuevo superpoder que había adquirido. El tío se puso de rodillas ante mí y me pedía perdón y que me iba a comprar una muñeca que hablaba. Yo continuaba con mi grito de sirena descompuesta hasta que él, con la cabeza gacha, se metió en mi cuarto para armar su valija. Él salió en el momento exacto en el que mamá abría la puerta de calle.

—¡Hoy me voy! Así se acaban los problemas —me dijo haciéndose el ofendido.

—¿Qué pasó? —preguntó ella y yo solo sonreí —¿Pasó algo? — dirigió hacia mí la pregunta.

—¡Nada! —le dije y volví a sonreír.

—¿Nada? —insistió.

—¡Nada dije! ¿Me entendiste? —y ella se quedó pensando.

Esa fue la última vez que el tío Aldo vino a visitarnos, ni siquiera para las fiestas se pegaba una vuelta. Muy de vez en cuando llamaba por teléfono y jamás me mandó saludos.

Papá volvió de su viaje y yo me moría de ganas de contarle lo que había visto, pero preferí mantener el secreto bien guardado. En cambio a todas mis amigas les advertí que debían controlar bien el vuelto cuando compraban alguna golosina en el kiosco. Desde aquel encuentro no dejo un solo día de pasar por el negocio de Silvia y el monstruo verde de su marido cuando voy para la escuela. Ella me saluda detrás del estante de los Parliament y yo le respondo diciendo:

—¡Hola Silvia! ¡Buenos días! ¡Hoy prefiero de frutilla! ¿Me entendiste?

Ella entiende rápido, sale a la vereda, se agacha, me besa, me acaricia el pelo y me regala un paquetito lleno de caramelos, galletitas o cualquier otra cosa con gusto a frutilla y así de esa dulce forma trata de calmar mi dulce venganza.